



## CONTAINER

Nada ha cambiado y, sin embargo,  
todo existe de otra manera.

Sartre

El silencio de los muertos  
nos obliga a inventar respuestas.

Anne Carson

//

Al alba me levanto,  
agotado.  
No morir agota, dijo Kristóf.  
La pava eléctrica, los mates.  
Escribo en el diario:  
no hay nada que registrar,  
excepto que un tren a lo lejos  
marcha hacia la mar.

//

El sol quema gaviotas.  
Plumas sobre lajas negras.  
Miro el incendio mudo  
que se refleja  
sobre la emplomadura del lago  
y el perfil de un rostro  
taja el agua.

//

Sexto whisky en el container.  
El paisaje de matorrales,  
cardos y gatos esqueléticos.  
Mucha dopamina  
y serotonina escasa.

Un lugar sin nombre,  
un nombre sin lugar,  
y en ese habitar dejo  
que la noche vuelva  
a escribirme en las orillas  
de lo innombrable.

//

a M. Duras

Una novela sueca,  
una serie sueca.  
Medianoche.

El ruido en el oído derecho.  
El dolor es uno,  
pero nos gusta en pedacitos  
-murmura de pie en el cuarto-.

La callecita pedregosa.  
Una bombita desnuda oscila.  
Todo es nuevo y glaciario.  
Álamos polvorientos.  
Sin memoria,  
en el suceder transparente  
de mayo.

La calle flanqueada  
por containers,  
pedregullo, matas secas,  
aromas a frituras,  
a coníferas.

Las siluetas que pasan  
son brotes de noche ebria  
que no van a ningún lado.  
Onírica, la calle se deshace  
en aguas de plomo y nácar.

//

Unas memorias de insurrecciones  
que el invierno habla  
en el bostezo helado de las lenguas.  
Los muertos erran por el barrio  
como patos salvajes.  
El horizonte se queda quieto  
y la dirección se hace añicos  
de almas viejas.  
Escucho tu voz entre el viento  
que susurra en las hojas del cerezo  
y dice que el abismo es ciego.

//

Estado de agosto. Gesticulo en la ventana.  
Me hago el zombi, el Hamlet, el payaso asesino.  
Hipermoderno, algo de Pink Freud.  
Me hago un ovillo con lo no dicho

en el acantilado de alguien que no me amó.  
Spotify impiadoso: vendrá Nick Cave.  
Me pierdo en los personajes que no fueron.  
El no, la doble negación, lo que se pierde  
en la farsa de las infancias. Nevisca,  
y yo actúo el melodrama de los pobres de espíritu,  
como si dios no se hubiera suicidado.

//

La serie de las esperas acaban  
en amatorias tiesas y oficinas funerarias,  
claroscuros en paradas de colectivo,  
la inminencia del clímax  
y la última nota del Claro de luna de Debussy,  
tus piernas rumbo al ansia de otro cuerpo.

La serie tiende a cero,  
pero la soñamos infinita.

//

Danza el viento blanco  
y la colección de las cosas del querer,  
funde en sedas negras.  
No hay más belleza que el poso  
del blanco sobre el blanco,  
mientras yo regreso a la molienda  
de otra intemperie.

//

Cuando enfoco en las brumas del relato  
hay efímeras zonas erógenas, hay  
espejos de humo endurecido, y tiempo roto  
en fragmentos de la lírica embrutecida de la red.  
Cuando enfoco hay una guitarra flamenca,  
una ruta vidriosa que se alza hacia un cielo  
de lilas en llamas. El pulmón derecho silba  
un tema de Coltrane, y las cosas son muebles  
en el escenario de un teatro abandonado.

//

Época de anestésicos, de retornos y futuros  
de carne laxa.

Te amé once veces en lugares equivocados.  
El encuentro fue el algoritmo  
de unos cuerpos dañados , y fuimos  
en impuras poéticas de music hall.  
No eras real, yo tampoco.  
Sombras en la fricción de las soledades,  
uno que camina en círculos por 20 ms<sup>2</sup>  
cuando la nohecita viene a traer  
los restos de tu naufragio.  
¿Qué injuriar cuando todo goce  
es polvo de un presente estallado?

//

Escribo  
entre el vacío  
y lo inerte,  
escribo  
en el intervalo  
del durar,  
en una aparición  
    difusa  
que las miradas  
    atravesan  
como papel de arroz.  
Escribo  
en la ceguera  
de la tempestad.

//

Muerte de la epifanía:  
alguien dentro de una caja negra  
de hierro dormita a la luz  
de un televisor mudo,  
donde una bailarina danza  
junto a la pirámide del Louvre.

//

La gente del pub se emborracha  
entre fantasías soviéticas.  
La sola gente pensando sombreros  
de Magritte, esperando a Godot.  
La gente yuxtapuesta juntando

demonios en la entrepierna.  
La gente expectante de paraísos químicos,  
el nervio cansado en la mística  
del autoerotismo. Alguien desmantela  
el amor y lo hace cucaracha  
flotando en la cerveza, alguien llora  
evocando la lluvia en el barrio gótico  
de Barcelona.  
La gente del pub se extingue en el loop.

//

Signo de los tiempos: la evanescencia  
de los objetos a la mano. Todo acaba  
en el ojo, y el ojo miente; miente  
la incandescencia de los cuerpos  
que pretenden iluminar la noche del mundo,  
miente cuando en las colisiones  
simula algo en lugar de nada.

//

El personaje boyando por el libre mercado  
(se oferta, pero no hay demanda),  
boya por culturas nómades,  
por la hermenéutica de la miseria  
en climas neoyorquinos,  
y fabula aventuras de la insignificancia  
(sea Estambul o Maquinchao)  
en un andrógino cool perdido  
en la circularidad.  
Restos de personaje hablándome  
en criaturas crepusculares que me imputan  
ser el otro.

//

Entre ella y yo, la nevisca  
arrasa distancias y calendarios.  
El amor es una piedra rodando  
por la ladera de la montaña.  
Estoy asqueado de las memorias,  
soy en un tartajo repleto  
de rostros elípticos, instantes  
que se vuelven ilegibles,

fragancias de un enterramiento  
que son lo que habita  
    la hoja en blanco.

//

Se descompensa en humores de estepa  
y la mira con espíritu abstracto,  
el desnudo el humo la luz ceniza  
que entra por la ventana cubierta  
    con un sobretodo negro,  
la mira en hueso y en sangre,  
en sus avatares de hielo y fuego,  
la ve excrementicia y sagrada,  
y luego la pierde, invierno abajo,  
en la segunda ronda de la ruleta rusa.

//

También los antihéroes se construyen.  
Se hacen con fantasmas inmigrantes  
y pueblos baldíos, con lisboas teóricas,  
con amantes  
    como botellas rotas en la vereda.

La novela del antihéroe  
puede leerse en la olitas  
de un río bajo la luna nueva,  
o en las vidrieras viscosas  
de un sábado a la tarde.

Los antihéroes no viajan,  
se van en hígados mal diseñados.

Se hacen con máscaras calcáreas,  
con tristezas de fémures en el monólogo  
de los fusilados, con paredes  
de verbos quemados, donde escriben  
con negro sobre carbón las ausencias  
    en progreso.

Los antihéroes no retornan,  
juegan en las esquinas  
    con los cristales  
de un alma que guardan

en una cajita de fósforos.

//

Hay un silencio que me hostiga,

¿hay silencio?

El ruido de mis huesos

que se alejan.

La ciudad se desmenuza

y golpea los vidrios

con granos de soledad.

El silencio es la fantasía

de los caídos.

//

Ando desfasado,

entre alacrán

y ángel

con disforia de dios,

y no me encuentro,

perdido en vicios

de identidad,

amándote dispersa

entre las flores

del bien y el mal

y la monotonía

de vagar una vida

y media

por los contornos

del deseo.

//

A veces vienen a increparme.

Los escucho en el crujir del hielo,

viene el niño, el perro, alguien

con los labios huérfanos,

un neurólogo boliviano,

y me explican fragmentos

de la historia: los exterminios

que narraba mi abuelo,

el veneno relámpago del perro,

el beso que no fue, la técnica

de la punción lumbar.

No sé qué me piden,  
yo, insomne, los dejo afuera,  
rondándome en la helada,  
pobrecitos.

//

Acontece de pronto, es una quietud de invernada,  
o la aparición de un vacío que magnetiza,  
es cualquier otra cosa que altera el flujo  
del amo, una bailarina clásica en la restinga,  
tu sexo húmedo de lucero, y así, desbarrancar  
en esas imágenes resignando la zona muerta  
de la plusvalía, la ponzoña de lo real  
hecho mercancía, una demencia discreta  
para transitar las horas de ser-en-lo-inmundo,  
de ser otro sobreviviente.

//

Las formas bonitas  
del morir,  
que vienen en adagios  
de oboe,  
en piernas cenitales  
que visten galas  
de noche en celo  
y brotan en poemas  
de maldiciones fulminantes,  
que nos dejan de rodillas  
en otro fin del mundo  
de esos con luciérnagas  
en frasquitos,  
el morir en lo que no fue,  
lo que callamos  
en la procesión de los otoños  
que nos viajan los huesos.

//

No hay instante venidero  
cuando llego al contenedor,  
sólo hay marcas en unos cuerpos  
que desconozco y resisten  
en mi nombre, marcas

que navegan en la marea  
de las cosas actuando  
en iluminaciones arenosas  
o poetas en el banquete  
de los profetas vencidos  
                  por el mercado;  
el pasado se granula  
y suena como un carrillón  
de costillas que deja el instante  
en suspenso y cristaliza  
el espacio entre las esperas,  
luego viene un tiempo  
                  cinematográfico  
y el instante vuelve a caer,  
en formas de analgésico.

//

No logro descifrar

la regularidad del daño,  
ni la causa de la herida,  
ni la simetría de las traiciones,  
ni la armonía del abandono  
(todo esto es intercambiable),

y sólo tengo desperdicios  
de Hendrix y esos insectos  
que vienen a morir  
sobre mi escritorio  
y parecen escribir en el humo  
por qué hay voces  
en la madrugada desolada  
                  en lugar de nadie.

//

La Escuela de Austria postula  
que tu cerebro está solito solito  
en las aguas servidas del mercado,  
y tendrás que nadar y nadar y nadar  
hasta que te ahogues en tu propia mierda,  
                  libre del otro

en el puro vacío del capital.

//

Camino temblando por la ciudad  
o la ciudad convulsiona  
dentro mío, no sé,  
los límites se han vuelto confusos  
entre las formas del ser  
y los seres cautivos en las formas,  
en todo caso, el modo  
en el que danzan las retinas  
y las creencias no está claro,  
todo es forma pervirtiendo  
el significado, y donde había rastros  
de otras melancolías, ahora  
cerramientos suecos , fueguitos  
en cabañas de Bambi, , y borraduras  
de los sujetos de la auto ficción,  
de esos que al amar, hacen estética  
con el desierto de los otros.

//

El día se va cuando llega,  
suena Blonde on Blonde  
y hay fiestas de gatopardo,  
me ofrecen 70000 ePub a un dólar,  
algo se muere en la woke  
en maridajes de clase media,  
hechos con azúcares secretos,  
con polígonos amorosos  
y muertas cámaras de seguridad,  
sólo tristezas sin identidad.  
sólo fisuras al ser nombrados  
en lo que el muerto ha callado,  
y ese viaje soñado que arde  
en incendios gástricos, mientras  
Bob dice que te tirarán piedras  
cuando intentes ir a casa, y luego  
te tirarán piedras cuando estés solo,  
y todo el mundo debe ser apedreado.

//

A cualquiera le pasa.  
Era noche de rutas blancas  
y llegó con una luna portátil  
y un fantasma anémico  
    con ojos de oro,  
trajo otro modo del desasosiego,  
como de aguada reflejando  
    un flamenco,  
o río de arena surcado  
    de escarabajos,  
trajo un sexo patibulario de motel,  
de neón parpadeante  
derramado entre las piernas,  
y al amanecer dijo:  
las ruinas son siempre la mismas,  
mi amor, lo que cambia  
    son los materiales.  
A cualquiera le pasa,  
aún anémico.

//

Uno se enamora de estructuras:  
un cráneo, la torsión de un cuello,  
la luz en el interior de un muslo,  
el derrame del viento en unos labios,  
el banco de una plaza mientras nieva,  
la caligrafía que erra por la hoja  
en blanco, los despojos en el campo  
de batalla, el barroco de un depósito  
de chatarra, los azules de Chagall,  
la agonía de un cello y las filigranas  
del humo en un horno de ladrillos,  
el cielo viscoso de un preso,  
y el infierno de la clase, pero,  
un día las estructuras se desquician,  
se mezclan, copulan, florecen  
en las vísceras, en cemento y espejos,  
en conceptos sobre lo que está  
y lo que no está, sobre lo manifiesto  
y la latencia, y entonces se desmoronan  
y sepultan el cielo, el infierno  
    y al enamorado.

//

Cierro el postigo. Un velador.  
Es el adentro, el adentro famélico  
que devora al afuera,  
que viste cada vacío  
con palabras que suenan  
como el viento en la salina,  
es el adentro con su griterío  
de flippers y difuntos,  
esos interiores de cajas chinas  
(en alguna estoy yo,  
pero siempre paso de largo)  
con sus amores impostores,  
cada uno envuelto  
en las pavesas del hastío.  
Claroscuros sepias,  
y una negra trompeta en Aranjuez,  
es el adentro, una intemperie  
que no tiene salida.

//

Brote, rama seca, rescoldo, arenal,  
y en el trayecto la intermitencia  
de los encierros, el defecto  
y la opacidad en las barrancas  
del lenguaje, y un lagarto  
bajo un sol viejo que se aleja.  
El tedio de los síntomas.

//

Dicho esto, ¿qué goce hay en el daño?  
¿qué culpa en la servidumbre?  
La tempestad se vende en grageas  
y el mundo se reduce a un punto  
que se enfría. Yo fui en el hundimiento  
y en la levedad de las aguamalas,  
fui la sangre derramada  
          en unos ojos de parafina,  
¿qué mito vendrá ahora a calmar  
la sed del páramo?,  
no me quedan pájaros para el verdugo,  
          ni santas para el desnudo  
          ni máquinas de coser

ni paraguas,  
y, una vez dicho, se deshace en partículas  
que garuan sobre en vinilo que gira  
cubierto de hojas secas.